

tar, violar, saquear, no son, por cierto, virtudes cristianas; pero parece que el crimen se convierte en acto de piedad cuando sus víctimas son herejes. Un papa no se ruborizó de escribir una carta de felicitación á Montluc, ese querido hijo en Jesucristo que tan bien sabía ahorcar á los hugonotes. Pío IV dice que sabía por el informe de un cardenal "el celo con el cual defendía Montluc la causa de la religion católica, y con qué diligencia se esforzaba á restituir á su primitivo estado la observancia de la fe cristiana." El vicario de Cristo elogia al verdugo de los hugonotes "por su gran virtud y piedad." Asegura á ese digno discípulo de Cristo "que no le faltará el eterno favor de Dios, visto que defiende su buena causa tan gloriosamente." (1). Pongamos ahora enfrente de esas alabanzas prodigadas á un hombre sanguinario el relato de un contemporáneo: "Se cometió la crueldad más grande, sin perdonarse ni edad, hasta dar muerte á los pequeñuelos en los brazos de sus madres y á éstas despues junto á ellos. Pero no es de olvidar la violencia de los dos jefes ya viejos y cascados, uno de los cuales llevó su infamia hasta cogerse dos jóvenes por su parte de botín; y en cuanto á Montluc, se mostró como un caballo desbocado." (2). Que juzgue el lector de la moralidad del papa, órgano infalible de la verdad absoluta.

Y Pío IV no era, sin embargo, un hombre cruel, era más bien un *bon vivant*. Su carta á Montluc es tanto más notable cuanto que no es un hombre el que habla y el que desbarra; es el papado que, en lugar de moralizar á los pueblos, les da lecciones de crueldad, y que nose nos arguya; hé aquí un papa canonizado que nos va á decir las lecciones que recibían de Roma los hombres de guerra. Pío V envió un pequeño ejército en auxilio de los católicos de Francia, y dió al general la *orden de no hacer ningun prisionero hugonote, dando muerte en el acto á cuantos cayeran en sus manos* (3). El historiador de Pío V acusa á los liberales, discípulos de Voltaire, de que calumnian á la Iglesia; refiere ese escritor tan concienzudo la *orden atroz* que acabamos de transcribir? *M. de Falloux* se limita á decir

(1) Carta de Pío IV á Montluc, 23 de Abril de 1562 (*Memoirs de Conde*, t. III, p. 317).—RAYNALDI, *Anales*, ad a. 1562, número 158.

(2) DE BEZA, *Hist. eclesiástica*, lib. IX (t. II, p. 716).

(3) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd Europa*, t. II, páginas 376 y 377; nota.

que el papa recomendó á sus tropas la observancia de la más severa disciplina (1). La falsificación de la historia perjudica siempre al que la hace; nosotros tenemos las cartas del Santo Padre, y todas respiran una fria crueldad digna de un inquisidor; son una continua excitación á la venganza, sin piedad ni misericordia. Pero dejemos hablar al soberano pontífice.

El duque de Anjou derrotó á los hugonotes en Jarnac. Comprenderíamos bien la alegría del papa al recibir la noticia; pero en aquella alma feroz apenas había cabida para la alegría; solo tuvo un temor, el de que el vencedor usase de indulgencia. Pío V escribió á Carlos IX: *Ninguna consideracion humana, ni hácia las personas ni hácia las cosas, deben inducirte á perdonar á los enemigos de Dios, que jamás te han perdonado á tí, porque no lograrás apartar la cólera de Dios como no sea vengándole con el mayor rigor de los perversos que le han ofendido. Tenga siempre Tu majestad ante los ojos el ejemplo de Saul: Dios le había mandado, por medio del profeta Samuel, combatir á los Amalecitas, pueblo inefil, y no perdonar á ninguno. Saul no obedeció á la voz de Dios: perdonó al rey, y guardó todo lo más precioso que tenían los vencidos; pero poco tiempo despues fué privado del trono y de la vida. Por ese ejemplo ha querido Dios advertir á los reyes que, desdeñando vengar las injurias que se le han hecho, provocan su cólera y su indignacion contra ellos mismos* (2).

Como se ve, los católicos, lo mismo que los protestantes, apelaban á la ley antigua para sacar de ella lecciones de crueldad; pero había entre ellos esta diferencia, que las opiniones de los protestantes no tenían más que una autoridad individual, por cuya razon han podido abandonarla é interpretar la historia sagrada conforme á las exigencias de una civilizacion progresiva, mientras que los católicos no pueden hacer lo mismo, á no ser que abandonen sus más apreciados dogmas, la infalibilidad de los papas y la inmutabilidad de la fe. Entre ellos es el vicario de Dios el que invoca la palabra divina para recordar á los príncipes que su primer deber es el de exterminar á los infieles y á los herejes. Y si la ley de Dios es inmutable como expresion de la verdad eterna, nos debe regir hoy

(1) FALLLOUX, *Hist. de S. Pío V*, t. I, p. 241 y 251 (París 1851).

(2) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 38-40.

como regía á los Hebreos. Y no se diga que Jesucristo ha reemplazado la venganza con la caridad, porque hé ahí á su vicario que impone á los príncipes la ley de venganza, y ese vicario es infalible cuando resuelve en materia de fe ó de mortal; y ¿acaso no es cuestion de fe y de mortal la doctrina de caridad ó de venganza?

Habiendo sabido Pío V que los vencedores de los hugonotes querían salvar algunos prisioneros poniéndolos en libertad, se apresuró á escribir á la reina madre estas horribles palabras: *Cuidad mucho de que eso no suceda; no economicéis ningun cuidado, ninguna diligencia, para que esos hombres execrables perezcan en medio de los suplicios que merecen*. Ese consejo sanguinario, dirigido á Catalina de Médicis, está, como siempre, apoyado en la palabra de Dios. El temor de que los católicos se mostraran misericordiosos con los vencidos era la continua pesadilla del Santo Padre. Por eso escribe al duque de Anjou recordándole los crímenes de los herejes, y despues le repite sus consejos de inflexible rigor: *Si algun hugonote tratase de escaparse á un justo castigo, implorando tu intercesion para con el rey, tu hermano, debes desoir sus ruegos en razon á tu piedad para con Dios y de tu celo por su honor divino; debes mostrarte, sin excepcion, inexorable con todos. Si obrases de otra manera, ofenderías al Señor*. San Pío parecía que consideraba la indulgencia como el mayor de los pecados, y escribía cartas sobre cartas al duque de Anjou para que estuviese prevenido contra aquellos que le aconsejaban usar de clemencia para con los malvados, llegando hasta el extremo de amenazar al duque de Anjou y á la familia real con la venganza divina *si permitían que quedasen impunes tantos y tan graves ofensas hechas á Dios* (1).

¿Por qué un papa, un santo, ha olvidado hasta ese punto la caridad, que es la primera de las virtudes predicadas por Cristo? Él mismo nos lo dice: *No ambiciono, escribe á Carlos IX, la falsa gloria de una pretendida clemencia, perdonando injurias hechas al mismo Dios, porque nada es más cruel que la misericordia con los impíos que han merecido el último suplicio* (2). Esa horrible máxima no es invencion de Pío V, es un axioma de teología. Los herejes son los enemigos de Dios; cierto es que al

(1) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 51 y 63.

(2) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 87.

cristiano se le ordena que olvide las injurias que se le hayan hecho, pero en ninguna parte está escrito que el hombre tenga derecho de perdonar las injurias hechas á Dios. Dejar la vida de los herejes es comprometer la salvacion de todos los fieles que pudieran ser extraviados por sus errores. ¿Qué se diría de un juez que por misericordia soltará á una cuadrilla de asesinos en medio de apacibles ciudadanos? ¿No sería eso el colmo de la crueldad? ¿Y qué podría decirse del príncipe que se mostrara indulgente con criminales mil veces más peligrosos? Porque al fin los bandidos no pueden quitarnos más que la vida presente, mientras que los herejes, nos privan de la vida eterna. Y si se pregunta á los católicos por qué son tan criminales los herejes, no darán más respuesta que su pretendida revelacion: la Iglesia es depositaria de la verdad revelada; luego todos aquellos que se separan de sus creencias son culpables de lesa majestad divina y merecen la última pena.

Si Pío V no cesaba de excitar á que se usara de implacable rigor con los protestantes, es porque estaba profundamente convencido de la revelacion y de los deberes que ella impone á los príncipes; por eso escribe al cardenal de Lorena, su legado en Francia, que es necesario emplear la mayor severidad en castigar con el último suplicio á hombres que han atacado la fe católica: *Dios no podría ser de otra manera aplacado más que por el justo castigo de los culpables*. ¿Qué religion, que idea de Dios! ¿Es ese el Dios del Evangelio ó es el Dios de los salvajes? El papa exhorto al cardenal para que excite sin cesar á su querido hijo en Jesucristo, el rey cristianísimo, á vengarse de sus enemigos, que son los de Dios omnipotente: *el rey no puede satisfacer al Redentor sino mostrándose inexorable* (1). Se cansa uno de escuchar á ese vicario de Cristo que, más que un cristiano, parece un verdugo, y que hace del mismo Dios otro verdugo, puesto que en su nombre pide sangre y siempre sangre de todos aquellos que rehusan creer que el papa es su representante. ¡Admiremos la imbecilidad de los infalibles! ¡Pío V quiere restaurar la Iglesia y no comprende que las horribles máximas que predica abren un abismo entre la Iglesia y la humanidad! Á los que sueñan todavía en el siglo XIX con volver al papado y al catolicismo de la Edad

(1) *Cartas de San Pío V*, por DE POTTER, p. 54-56.

Media no hay que oponerles más que las palabras sangrientas de un papa canonizado, pronunciadas en nombre de Dios: *Es necesario que Tu Majestad castigue sin clemencia á los enemigos de Dios, imponiéndoles las justas penas establecidas por las leyes, porque si descuidas el perseguir las injurias hechas á Dios, de seguro acabarás por fatigar su paciencia y provocar su cólera. Es necesario no escuchar ninguna súplica ni tomar en cuenta ningun vínculo de amistad ni de parentesco; debes mostrarte inexorable* (1).

¡Sangre, más sangre, siempre sangre, y, sobre todo, nada de piedad, nada de misericordia! Hé ahí las lecciones que un vicario de Cristo da á un príncipe cruel por naturaleza, lecciones que repite hasta la saciedad. Á cada victoria ganada por los católicos el papa predica "el exterminio de los infames herejes." Escribe á Carlos IX que debe principiar por dar muerte á todos los que han hecho armas contra Dios y su rey: despues debe establecer inquisidores en cada ciudad para extirpar hasta las últimas raíces de la herejía (2). Y cuando se hizo la paz entre los católicos y los protestantes, el Santo Padre reprobó como el mayor de los crímenes lo que en el día considera la razon como el primer deber: *Así como no hay nada comun entre Satanás y los hijos de la luz, del mismo modo tenemos por indudable que no pueda haber ningun concierto entre los católicos y los herejes, á ménos de que esté sembrado de falsedades y de engaños. Si el rey tiene la desgracia de firmar la paz, caerá en manos de Dios vivo que destruye los reinos por los pecados de los reyes y de los pueblos, y los quita á sus antiguos señores para someterlos á otros nuevos* (3).

Hé ahí cómo el papado humanizó las costumbres del siglo XVI. Causa admiracion el furor de las guerras religiosas; pero lo admirable es que no completasen el exterminio de los protestantes ó de los católicos en fuerza de las palabras de venganza que, saliendo de Roma, resonaban en todos los púlpitos. La orden de los jesuitas, fundada para combatir la Reforma, fué la que más se distinguió en medio de aquel frenesí; y los que se llaman discípulos de Jesús por excelencia predicaban que no debía haber paz ni tregua con los herejes, y que el

(1) *Cartas de San Pio V*, por DE POTTER, p. 59-61.

(2) *Cartas de San Pio V*, por DE POTTER, p. 86 y siguientes.

(3) *Cartas de San Pio V*, por DE POTTER, pág. 102, 103 y siguientes.

exterminarlos era cosa agradable á Dios (1). Aquellas excitaciones diarias á la crueldad acabaron por transformar los hombres en bestias salvajes. Los jefes de las ligas pidieron que no se perdonara la vida á ningun prisionero, á ménos que ofreciese seguridad de vivir católicamente (2). ¿Quién podría decir la funesta influencia que ejercieron aquellas sanguinarias predicaciones en las pasiones del pueblo? Los católicos tratan hoy de lavar la sangre vertida en la Saint-Barthélemy; ¡ah! que comiencen por destruir las sanguinarias cartas de Pio V á Carlos IX! Se dice que lo que arrastró al desgraciado Carlos IX á permitir el degüello de los hugonotes fué la horrible máxima de que la compasion con los enemigos de Dios es un crimen. Y ¿quién predicó hasta la saciedad esa horrible máxima? Pio V, el héroe de la reaccion católica, el papa canonizado, el vicario infalible de Cristo.

III

Dejemos ya á los hombres de Iglesia y su implacable crueldad. Para reconciliarnos con la especie humana, hablemos de un hombre de guerra que no fué un santo como Pio V, pero que fué, sin embargo, muy superior á él por la nobleza de sentimientos y por la generosidad de su carácter: "Todos los siglos, dice Voltaire, recordarán estas bellas palabras de Enrique IV: "Si perdeis vuestras banderas, reuníos alrededor de mi penacho blanco, que siempre le encontraréis en el camino del honor y de la gloria." Nosotros no amamos ménos esta otra frase salida del corazón: *Perdonad á los Franceses*. Los vencidos eran, sin embargo, sus enemigos implacables, eran fanáticos que se habían echado en brazos de la España. Despues de la batalla de Ivry, Enrique IV pudo tomar á Paris por hambre; pero prefirió alimentar á los sitiados. Sus generales publicaron prohibiciones de proveer de víveres á Paris con pena de muerte. Un día, para hacer un ejemplar, se iba á ahorcar á dos paisanos que llevaban á Paris dos carreras de pan; Enrique los encontró visitando el campamento; ellos se echaron á sus piés, diciéndole que no tenían más que aquél medio de ganar la vida. *Id en paz*, les dijo el Rey, dándoles el dinero que llevaba consi-

(1) DE THOU, *Hist. universal*, lib. XLIV.

(2) *Memorias de la Liga*, t. II, p. 269 y siguientes.

go: "El Bearn es pobre, añadió; si tuviera más, os lo daría," (1).

Los enemigos que Enrique IV alimentaba eran aquellos hombres de la liga que predicaban furiosos desde todos los púlpitos el asesinato del rey hugonote. Sus amigos censuraban su humanidad; nunca jamás hubo censura más gloriosa. "La clemencia, en la cual es excesivo, dice la *Sátira Menipea*, es una virtud muy laudable y que da muy buenos frutos, aún cuando algo tardíos. Pero el usar de ella corresponde sólo á los victoriosos y á aquellos que no tienen nadie que les resista." Casi se imputaba á crimen la compasion de Enrique IV. "Nuestro rey debería reservarse el usar de clemencia para cuando nos tuviera á todos bajo su poder. El perdonar á los que merecen la muerte, dice Ciceron, es inclemencia y tal vez crueldad; las guerras civiles no tendrán fin si continuamos siendo compasivos é indulgentes, cuando es necesaria la severidad de la justicia. La malicia de los rebeldes se hace obstinada y se endurece con la dulzura misma que con ellos se emplea, porque creen que se teme irritarles," (2). Hé ahí el lenguaje de la política. Enrique IV se dejó llevar de los instintos de su buena naturaleza, y resultó que el sentimiento fué más razonable que la razon: su humanidad venció á la liga tanto ó más que su valor.

Enrique IV, el hereje, el relapso, tiene más caridad que Pio V, vicario de Cristo y papa canonizado. En vano hemos buscado en los escritores católicos del siglo XVI una protesta contra la horrible doctrina que alimenta las guerras de religion; no hemos encontrado más que apologías del asesinato religioso. Para oír algunos acentos de humanidad se necesita entrar en el campo de los hugotes y visitar á los libre-pensadores. Ya hemos rendido el homenaje de justicia á un noble guerrero que predicó la paz en medio de los furiosos de una guerra encendida por la religion. *La Noue* pulveriza todas las sutilezas de los teólogos. Según éstos se hacía la guerra por sostener el honor de Dios. "¡Oh cristianos! exclamaba *La Noue*, que os devorais unos á otros más cruelmente que lo hacen los animales carnívoros cuando están irritados, ¿hasta cuándo durará vuestra rabia?... ¿Qué motivos tan violentos son los que os excitan? Si es aca-

(1) VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 174.

(2) *Sátira Menipea*, p. 225 y sig. (edic. de LABITTE).

so la gloria de Dios, considerad que no tiene por agradable los sacrificios de sangre humana; al contrario, los detesta tanto como quiere la misericordia y la verdad... Si es la religion la que os mueve, me parece que ignorais su naturaleza, puesto que toda ella no es más que caridad; esto os debía inducir á la clemencia. Si el motivo es el Evangelio, escuchad lo que os dice: *Bienaventurados son los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios...* No busquís, pues, excusas para hacer más durables vuestros males," (1).

Este discurso, digno de un paisano del Danubio, en cuyos labios lo pone *La Noue*, avergüenza á los hombres de Iglesia. Fué necesario que un guerrero recordase á los vicarios de Jesucristo que su religion consiste esencialmente en la caridad; fué necesario que un hereje enseñase á los ortodoxos que el Dios de los cristianos no se complace con los sacrificios sangrientos. No faltaba más que una cosa para estigmatizar la crueldad de los unguidos del Señor: era la de que un libre-pensador se mostrase más religioso que los que explotaban el Evangelio en provecho de su ambicion. *Montaigne* era naturalmente inclinado á la dulzura, y dice "que no podía ver sin disgusto ni siquiera el que se persiguiese y matase á un animal sin defensa." Se concibe por ello qué impresion debieron hacerle las horribles guerras de religion de que fué testigo. "Antes de haberlo visto no me podía yo persuadir, dice, que se encontrarán almas tan feroces que, por el solo placer de matar, matasen sin enemistad, sin provecho y por solo el placer de gozar el espectáculo de un hombre en su agonía." *Montaigne* se engaña al decir que eso se hacía sin enemistad; él mismo asegura que la piedad y la religion servían de pretexto. Para avergonzar á los cristianos de su época, pone enfrente de su crueldad la que se reprocha á los salvajes: "Nosotros los podemos llamar bárbaros, dice, teniendo en cuenta las reglas de la razon, pero no segun nuestra conducta, porque en esta parte les aventajamos en toda clase de barbarie," (2). Los furiosos de la religion explican esa recrudescencia de salvajismo; ellos trasformaban en inquisidor á cada soldado, y los vencedores se complacían en atormentar á los vencidos, porque éstos eran los enemigos de Dios.

(1) LA NOUE, *Discursos políticos y militares*, XIX, pág. 319 y siguientes.

(2) MONTAIGNE, *Ensayo*, II, 11; I, 30.